

Jornadas en torno al curso de Emilio Komar
 “Los problemas humanos de la sociedad opulenta”¹

Herencias del marxismo en el mundo (no tan) libre

por Martín Susnik

Komar en 1967: Marxismo y sociedad opulenta - Oposición subordinada

En el año 1967 Komar dictó el curso “Los problemas humanos de la sociedad opulenta”, cuya transcripción reeditada 50 años después nos convoca en esta ocasión. En su prólogo los editores señalan que “durante la lectura del curso se genera la fuerte impresión de que se dictó después de 1990”², a lo cual adhiero por haberlo experimentado personalmente. Por distracción tal vez, las primeras veces que me interné en la lectura del texto (en aquellas oportunidades, todavía en la versión de la primera edición), no reparé en la fecha en la que el curso fue dictado, y cuando me anoticié de que el mismo tenía tan larga data no pude salir de mi asombro. En efecto, el contenido es llamativamente visionario, tanto respecto a los problemas internos al marxismo (y que acarrearían más de veinte años después su desmoronamiento como sistema político) como respecto a los desafíos que planteaba la sociedad opulenta que desde occidente nacía como alternativa, lo cual también se señala en el prólogo de los editores.

En las dos primeras de las cuatro partes del curso Komar analizaba la relación de oposición-subordinación de la sociedad opulenta respecto al marxismo. Marx había eliminado de la filosofía clásica alemana, con cúspide en Hegel, toda teoriedad, arribando a la primacía de la praxis, como bien expresan las tesis sobre Feuerbach, especialmente la segunda y la décimo primera:

“La cuestión de saber si el pensamiento humano puede aspirar a la verdad objetiva no es una cuestión teórica sino práctica. Es en la práctica donde el hombre ha de demostrar la verdad, es decir, la realidad y la fuerza, en este mundo y para nuestro tiempo, de su pensamiento. La disputa sobre la realidad o la irrealidad del pensamiento al margen de la práctica es una cuestión puramente *escolástica*.”³

“Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversas maneras, de lo que se trata es de transformarlo.”⁴

Por eso el marxismo es, señalaba Komar, una “filosofía que se hace mundo”, una filosofía *ante factum* y en ello consiste la superación dialáctica de Marx del hegelismo, que era todavía “un mundo que se hace filosofía”, es decir, una filosofía que busca comprender la realidad.⁵ La filosofía, vaciada de toda actitud teórica, deja de tener vocación a la contemplación y se transforma en revolución. Pero para ello era necesario

¹ Organizadas por la Fundación Emilio Komar, a cincuenta años de haberse dictado el curso y a cien de la Revolución Rusa. Las jornadas se llevaron a cabo en la sede de la fundación en Buenos Aires entre el 24 y el 26 de octubre del 2017. La ponencia corresponde al último día de las jornadas.

² KOMAR E., *Los problemas humanos de la sociedad opulenta*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2017, p. 3.

³ MARX, K., Tesis sobre Feuerbach, II

⁴ MARX, K., Tesis sobre Feuerbach, XI

⁵ *Los problemas humanos de la sociedad opulenta*, p. 11.

desterrar todo vestigio divino de las cosas, toda teologización, que en Hegel aún estaba vigente si bien en un enfoque imanentista. La clave para la comprensión profunda del marxismo, según Komar, está en su radical ateísmo metafísico, único compatible con una filosofía de la pura praxis, que conduce al vaciamiento de todo carácter sagrado de lo real.

Sin embargo, esta desteologización inevitablemente conducía a una ausencia de ideales, a la imposibilidad de compromisos profundos, de entusiasmos consistentes, debilitando así las razones tanto teóricas como afectivas para llevar a cabo la revolución. El carácter revolucionario estaba condenado a muerte dentro del marxismo por sus mismas bases filosóficas. Dicha muerte, empero, no significó la muerte de las bases filosóficas del marxismo como cosmovisión, las cuales han sido heredadas en buena medida por el mundo “libre” de occidente.

La “sociedad opulenta” occidental con su propuesta bienestarista de raigambre positivista, ha acelerado el proceso de vaciamiento de los ideales y de la fuerza revolucionaria que, de todas maneras, habría de darse dentro del marxismo mismo y, a la vez, ha confirmado algunas de las tesis de Marx sobre la alienación del hombre cosificado y deshumanizado de la sociedad burguesa. En consecuencia el supuesto “triunfo” del mundo “libre” de occidente merece ser revisado, puesto que no superó algunas de las observaciones que Marx mismo había realizado, sino que incluso parece haberlas agravado (con lo cual dichas observaciones mantienen su plena vigencia), ni planteó una verdadera alternativa a la filosofía atea marxista en cuanto a sus fundamentos metafísicos. La sociedad opulenta, sostiene Komar, “no combate al marxismo totalmente, sobre todo no lo combate en su aspecto de ateísmo sino más bien el de su religión”⁶, cayendo así en una típica situación de oposición-subordinación.

Komar, 1993: Caída y diseminación del marxismo

Casi un cuarto de siglo más tarde, habiendo caído ya la cortina de hierro, Komar dictaba en la sede de la colectividad eslovena de Argentina un seminario de formación para jóvenes demócratas cristianos. A él asistieron tanto miembros de la mencionada colectividad como algunos intelectuales y políticos en formación especialmente venidos de la República de Eslovenia, cuya independencia de Yugoslavia había sido declarada en junio de 1991 y daba ahora sus primeros pasos en la vida democrática.

El curso constó de once encuentros, a lo largo de los cuales Komar desarrolló los núcleos centrales de su pensamiento. Las dos últimas jornadas, los días 2 y 3 de febrero de aquel año, tuvieron por título “Caída y diseminación (o reproducción) del marxismo.”⁷

En dichos encuentros señaló Komar que, al igual que con otros hechos históricos relevantes, la caída del marxismo/comunismo había sido analizada solamente desde un punto de vista político-económico y, en consecuencia, bastante superficial. El análisis limitado meramente a los efectos externos, de tipo periodístico, sin ahondar en su sentido profundo por la falta de una lectura filosófica de los acontecimientos, trajo como consecuencia el poco aprendizaje que se ha podido cosechar a partir de sucesos de tanta relevancia. En contrapartida, Komar propuso una reflexión filosófica de la caída del

⁶ *Los problemas humanos de la sociedad opulenta*, p. 41

⁷ En el esloveno original: “Razpad in razplod markizma”. El curso fue organizado por el Dr. Marko Kremžar, destacado intelectual de la colectividad eslovena en Argentina y amigo del Dr. Komar. El curso fue registrado en video por el yerno de Kremžar, el Dr. José Rožanec y llegó a nuestras manos por gentileza de José Rožanec hijo, a quien agradezco su generosidad, primeramente por haber compartido tan preciado material y, en segundo lugar, por autorizar su utilización y difusión en la presente ponencia.

comunismo y también un análisis en la misma tónica de las herencias de esa propuesta filosófica en la vida del mundo contemporáneo occidental.

Una caída previsible

En su análisis de la esencia del marxismo, Komar retoma la explicación de Lenin, quien sostenía que el marxismo es el resultado de la unificación de tres fuentes principales (que, según Lenin, eran además los principales logros del pensamiento del siglo XIX): la economía inglesa, la filosofía clásica alemana y el socialismo francés.⁸

En cuanto a la primera, se caracteriza por una eudaimonología sensista, preocupada exclusivamente por las necesidades sensibles del hombre (comida, bebida, satisfacción de placeres de ese orden), que es en realidad una eudaimonología típica del espíritu burgués. Se trata, decía Komar, de un “sensismo decente”, preocupado primordial o exclusivamente por los “valores del vientre” y que apunta a la comodidad, al confort, y embota la inteligencia dentro de la primacía de lo inmediato y la consecuente ausencia de profundidad.

En cuanto a la filosofía clásica alemana, Marx, en el análisis komariano, absorbió elementos de Hegel, aunque de manera selectiva y según sus propias necesidades y conveniencias, y especialmente de Fichte en lo referente a la primacía de la praxis.

Respecto del socialismo francés, observaba Komar que esta herencia ha sido en realidad un “cuerpo extraño” al núcleo filosófico del marxismo. Marx lo descubre cuando huye a París. Pero el socialismo francés tenía una tendencia a la anarquía y Proudhon en particular pensaba en una “revolución moral”, por lo cual entre éste y Marx no llegó a haber verdadero entendimiento. Marx absorbe la crítica a la burguesía, como sabemos, pero principalmente de los católicos (Lamennais) que se oponían a la burguesía volteriana que se había enriquecido con propiedades de la Iglesia. Marx, subrayaba Komar, recibe la crítica a la burguesía de manos “reaccionarias”.

Estos tres elementos son entre sí muy heterogéneos y en buena medida se anulan el uno al otro, por lo cual era previsible que no pudieran mantenerse juntos por mucho tiempo. Los mantenía unidos el mesianismo de origen judío que, en formato de soteriología inmanente, sobrevivía aún en el marxismo, y el empuje revolucionario que, como señalábamos, estaba destinado a languidecer por sus propios presupuestos metafísicos y antropológicos.

La disgregación de estos elementos significó en los últimos decenios del siglo XX la caída del comunismo como sistema político en la mayoría de los países en los que había sido instaurado. Pero esta caída fue a la vez su triunfo, en cuanto sus elementos constitutivos se diseminaron por todo el mundo y gozan de muy buena salud en la sociedad contemporánea.

La diseminación

En el mentado curso de 1993, Komar enumeró unos nueve/diez de estos elementos, aclarando que el listado podía extenderse aún mucho más. Pasamos aquí a una breve revisión de aquella lista, en el orden expuesto originalmente, que no es necesariamente un orden de prioridades eidéticas ni ontológicas.

⁸ Cfr. LENIN V. I., *Carlos Marx (Breve esbozo biográfico con una exposición del marxismo)*, publicado por primera vez en 1915 en el Diccionario Enciclopédico *Granat*, 7a edición, tomo XXVIII. Disponible en https://marxists.catbull.com/espanol/lenin/obras/1910s/carlos_marx/carlosmarx.htm (consulta octubre 2017)

Economicismo: claramente manifiesto en la doctrina marxista de la *Überbau*, según la cual toda cultura, todo arte, religión, en definitiva, toda la vida social, no es más que una *superestructura* edificada sobre las relaciones socio-económicas de producción. En consecuencia, todo depende de cuestiones económicas y por lo tanto la economía adquiere un carácter primordial y salvífico. Esto, señalaba Komar, es un triunfo del marxismo; se ha diseminado como credo universal la idea de que si la economía funciona correctamente, todo lo demás habrá de seguir un curso óptimo.

Este economicismo imperante, actualmente traducido en términos de lucro y confort, resulta ciego para los valores superiores, de los cuales depende la *vida buena* e incluso el éxito de la economía misma. Si la economía pasa a ocupar el lugar principal se termina devorando a sí misma, puesto que su buen curso depende de otros factores que la trascienden (la capacidad de esfuerzo, la honestidad, el sentido de justicia...). Asimismo, si la búsqueda de la plenitud existencial se reduce a la búsqueda de confort económico (si la *vida buena* es tergiversadamente identificada con la “buena vida”) posiblemente la misma comodidad anhelada resulte difícil de conseguir y, ciertamente, se esfumen las posibilidades de una existencia plena y llena de sentido. Poner el lucro y la comodidad sobre todas las cosas no conduce a una auténtica satisfacción ni a la profunda alegría, alertaba Komar, sino a una vida encaminada hacia el aburrimiento.

No se trata de negar la importancia de los factores económicos, de los cuales depende en cierta medida nuestra subsistencia e incluso algunos aspectos por encima de ella. Lo importante es tener en cuenta cuál es, justamente, esa *medida*. Si la economía pasa a ocupar un lugar más alto del que verdaderamente le corresponde, esto en última instancia no la termina engrandeciendo, sino que la termina anulando (ex-terminando).

Concepto negativo de ideología: El término ideología tiene varios sentidos.⁹ En un sentido positivo, significa conjunto de ideas morales, filosóficas y religiosas de un determinado individuo, grupo o movimiento; se trata de los principios teóricos que sirven de orientación. El marxismo, en cambio, lo utiliza en un sentido peyorativo, puesto que se trataría de principios que no son ni sinceros ni verdaderos, sino un engaño, una justificación teórica de intereses económico-sociales. Este sentido negativo –proveniente del marxismo, pero también presente en los otros dos denominados “maestros de la sospecha”, Nietzsche y Freud– ha sido fuertemente heredado y diseminado por todo el mundo contemporáneo. La sospecha de que toda ideología es un planteo teórico que de fondo esconde otros intereses, habitualmente cercanos a la voluntad de dominio, ha fomentado el rechazo por cualquier principio teórico y obstaculiza todo intento de penetración objetiva de la realidad. Así se ha generalizado la desconfianza en las ideas y se reprime la necesidad de una mirada más profunda de lo real.

Todo debe ser práctico y todos deben ser prácticos, incluso en ámbitos católicos (a cuya cosmovisión creacionista correspondería en realidad una primacía de la contemplación) y en ámbitos académicos (convertidos, en consecuencia, en complejas “escuelas de oficios” y donde difícilmente pueda sobrevivir la ciencia que tanto supo progresar por el amor al saber mismo de los científicos y no por la mera necesidad de encontrar soluciones prácticas).

Esta desconfianza por toda teoría también se expresa claramente en el rechazo de algunas posturas muy en boga en el mundo contemporáneo para con todo discurso y reflexión que pretenda llegar a los fundamentos de las cosas; toda búsqueda de

⁹ Cfr. *Los problemas humanos de la sociedad opulenta*, p. 68

fundamentos suele ser hoy tildada de “fundamentalismo” en cuyo núcleo se escondería la voluntad de dominio y el intento de imponer un pensamiento único a los demás. No puede negarse, claro está, que haya máscaras y que el uso peyorativo del término “ideología” es en algunos casos justificado. Komar incluso señalaba que, justamente, podría aplicarse muy bien a la mayoría de los marxistas que bajo su *ideología* escondían el afán de poder y de lucro, como evidencia el enriquecimiento que supieron conseguir muchos jefes del Partido en los países en los que llegaron al poder. Su discurso anti-ideológico era también pura *ideología* en este sentido negativo. Resulta lícito, por ello, sospechar de los mismos maestros de la sospecha. Pero el rechazo tajante de toda teoría conduce inevitablemente a una sociedad destinada al fracaso, dado que ésta no puede funcionar adecuadamente si no hay fidelidad a determinados principios básicos, y no puede haber tal fidelidad si todo principio es sospechado *a priori* de ser encubrimiento de intereses de dominio. Sin algunas orientaciones fundamentales es imposible el orden tanto en la existencia personal como en la convivencia social.

Criticismo: También utilizado en un sentido puramente negativo que implica la negación de toda verdad objetiva. Komar ubicaba su origen en los libertinos eruditos, quienes en pos de una libertad indefinida y una total emancipación respecto de la realidad, fomentaban la duda, no como vía hacia un conocimiento mejor y más riguroso, sino como fin en sí misma. El término adquirió luego celebridad con la filosofía kantiana y la imposibilidad de conocer la cosa-en-sí. A partir de allí el criticismo pasa a ser anti-realismo y cualquier propuesta sobre la posibilidad de acceder a una verdad de las cosas es considerada “dogmatismo” en el sentido también peyorativo del término. En tiempos de Marx este criticismo fue desarrollado por la izquierda hegeliana. Marx se formó en ese ambiente y se presenta a sí mismo como *crítico*. Pero su criticismo es utilizado como herramienta para destruir al adversario, es decir como arma a los fines de imponer el propio pensamiento. El comunismo político también utilizó la crítica en un sentido puramente destructivo, tratando de poner todo en duda, negar toda tradición y preparar así el terreno para la acción revolucionaria. De esta manera, sostiene Komar, se diseminó por el mundo entero, donde “pensamiento crítico” pasó a ser sinónimo de escepticismo, sospecha, supuesta “apertura mental” que tiene por principio no aceptar nada como objetivamente “verdadero”. Se trata, en definitiva, de un criticismo que expresa una antecedente indocilidad a la cual a su vez potencia, pero no de una crítica que realmente tuviese intenciones de discernir y ver con mayor claridad.¹⁰

La verdadera crítica procura ser penetrante y no superficial, pero esa actitud de buscar en lo profundo es imposible para todo planteo que no reconozca que hay en las cosas una profundidad, un *lógos* para descubrir y un *áxios* a respetar. Para ser realmente crítico primero hay que ver, y para ver hay que querer ver. La crítica supone docilidad, apertura a lo real y a su contenido, lo cual es incompatible con las posturas de origen idealista y de matiz escéptico. La crítica supone también benevolencia, porque sólo desde una predisposición amante es posible la mirada en lo profundo¹¹, así como la benevolencia supone la crítica, pues sin ella no se puede querer lo mejor para el amado. Sin esta predisposición, coherente con una actitud filosófica que defienda el sentido y el valor objetivo de lo real, la crítica sólo puede ser utilizada en sentido destructivo y

¹⁰ Recuérdese que la etimología de *crítica* hállese en el verbo griego *krino* (separar, distinguir, escoger, discernir). Para poder discernir es necesario ver con claridad, por eso la crítica no es una separación, un alejamiento del sujeto respecto del objeto, sino que presupone todo lo contrario. Cfr. KOMAR E., *Libertad y liberalidad* (editado junto a *Los problemas humanos de la sociedad opulenta*), pp. 107-108.; *Orden y misterio*, Emecé, Buenos Aires, 1996, p. 107; *La vitalidad intelectual*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2000, p. 33; *Enseñanza y vida interior*, Sabiduría cristiana, Buenos Aires, 2015, pp. 36-37.

¹¹ Cfr. *Libertad y liberalidad*, pp. 135-137.

prejuicioso, como herramienta frente a todo lo que no coincide con el propio pensamiento.

Negación del orden natural y de la verdad objetiva. Primacía de la praxis: se trata del núcleo medular del marxismo como propuesta filosófica atea, y Komar ve en ello otro gran triunfo del marxismo que, a su vez, es explicación de todos los demás. La filosofía de Komar, como sabemos, es una incesante defensa de la existencia del orden natural y de la verdad como transcendental convertible con el ente, y una permanente invitación a dejarnos iluminar y conmovido por el sentido y el valor presente en lo real. Pero esta tesis solo es sostenible desde una perspectiva creacionista-participacionista. *Res inter duos intellectus constituta* decía Santo Tomás¹² y repetía Komar. En última instancia, hay orden natural si hay creación, si el fundamento de la realidad se haya en un intelecto creador y en una voluntad amante. En ello radica el carácter esencialmente optimista de la filosofía cristiana tal como Komar la ha heredado, desarrollado y transmitido. Si, en cambio, negamos la creación, nos vemos conducidos también a la negación del orden natural y se torna imposible seguir hablando de la *veritas rerum* y de la objetividad de los valores.

Por lo tanto se impone una *primacía de la praxis*: al no haber orden dado (un orden a ser descubierto por parte del hombre y respetado por él tanto en el aspecto cognoscitivo como, consecuentemente, luego en el aspecto práctico, a través de un obrar que fuese cooperativo con la naturaleza), es el hombre quien mediante su acción ha de imprimirle un orden –necesariamente extrínseco y artificial– a lo real. Todo pasa a ser considerado como un problema de tipo *técnico* y los esfuerzos intelectuales se reducen a la invención de nuevas y mayores soluciones técnicas, incluso para remediar los daños que la misma técnica humana hubiese ocasionado anteriormente.

Este es el núcleo del “materialismo” marxista, que es más propiamente “idealismo”. Todo se ha de hacer, todo se puede (y se debe) transformar. Lo real es considerado solamente como *materia prima* para la praxis transformadora del hombre. Todo se debe “hacer de nuevo”, dando lugar a una “nueva historia” de la humanidad, en comparación con la cual todo lo anterior es considerado pre-histórico. El *programa* se tiene que imponer por sobre lo real y su verificación como “verdadero” se fundamenta no en la adecuación a las cosas sino en su éxito práctico, es decir en la adecuación de las cosas al sistema.

El ser de las cosas, evidentemente *desontologizado* en semejante perspectiva, vaciado de todo contenido objetivo, y la consecuente negación de la verdad en sentido clásico, arrastraron hacia la prohibición de todo discurso apodíctico sobre la realidad que, como decíamos en los puntos anteriores, pasó entonces a ser acusado de “dogmático” en sentido claramente peyorativo, “fundamentalista”, “totalitario”, “homogeneizante” y, por tanto, “violento” y contradictorio con la libertad del hombre. De ahí que todo deba expresarse en modo condicional y doxológico (“dicen que, aparentemente, creo..., *habría* un Obelisco en la intersección de Corrientes y 9 de julio” bromeaba Komar).

Como ya hemos mencionado, esta postura de fondo, termina siendo contraproducente para el marxismo mismo, puesto que anula toda posibilidad de encontrar razones sólidas para el verdadero compromiso con la revolución. Apenas merma el impulso revolucionario –al que, por lo dicho, no le queda otra que languidecer– el mismo marxismo queda a la deriva, se apaga todo mesianismo posible, y el afán de producir una transformación mejorativa pierde su rumbo y su motivación. Por ello, el que termina “riendo al final” es el escéptico burgués, que en el fondo no tiene ningún tipo de convicciones sólidas, no cree en nada, pero supo hacer “buena letra” y acomodarse

¹² *De veritate* q. 1, a. 2.

tibiamente a la sucesión de los hechos de modo descomprometido, mantenerse en actitudes dentro de lo políticamente correcto y terminar sobreviviendo y triunfando a largo plazo con la mezquindad de sus intereses.

Proceso dialéctico: Reside en la negación de toda estabilidad y la consecuente negación de todo contenido metafísico. Todo es devenir dialéctico, todo es pasajero, todo es oscilación entre un extremo y el otro. Las convicciones por lo tanto no pueden ser firmes, sino que cambian de modo pendular (hoy se sostiene tal tesis, mañana la contraria, luego se vuelve a la primera...) y, en definitiva, no se llega a ninguna parte. En el mundo occidental de la sociedad opulenta se combinan así la dialéctica del marxismo con la superficialidad de la propuesta positivista que no trasciende lo fenoménico, se queda en la verificación de lo empírico-cuantificable, de la *pseudo-concretezza*,¹³ sin penetrar en lo profundo de lo real y, por lo tanto, sin poder ir más allá de lo cambiante y efímero. Así nos hallamos hoy inmersos en el culto de la inestabilidad que encuentra una de sus máximas expresiones en las características del consumismo contemporáneo, en el que se impone la dinámica de comprar-usar-tirar-comprar...¹⁴ a una velocidad cada vez más acelerada bajo el imperativo de tener que estar a la moda y no quedarse atrás.¹⁵ En consecuencia, prima la norma de la adaptación, que conduce a la fragmentación del sujeto y a la pérdida de la identidad (para adaptarse a todo habría que ser *líquido* decía Komar¹⁶ antes de que Bauman popularizara la expresión en nuestra época), e incluso a la misma desontologización del tiempo, convertido en pura acumulación de instantes inconexos (“tiempo puntillista” según la expresión del sociólogo polaco¹⁷).

¹³ Cfr. KOMAR E., *El tiempo y la eternidad*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, p. 360 ss. Dicho curso había sido originariamente dictado en 1967, mismo año de “Los problemas humanos de la sociedad opulenta”.

¹⁴ El sociólogo polaco Zygmund Baumann incluso sostiene que en la sociedad consumista actual parece haber una satisfacción por momentos mayor en el “tirar” que en el “adquirir” o “utilizar”: “Es cierto que en la vida «ahorista» de los habitantes de la era consumista el motivo de apuro radica en el apremio por *adquirir* y *acumular*. Pero la razón más imperiosa, la que convierte ese apremio en una urgencia, es la necesidad de *eliminar* y *reemplazar*. Cargar equipaje pesado, en especial si tiene valor sentimental o si se le debe lealtad de algún tipo, reduce a cero las posibilidades de éxito. (...) La economía consumista medra con el movimiento de bienes, y cuanto más dinero cambia de mano tanto más florece. Y cada vez que hay dinero que cambia de mano hay productos de consumo que van a parar a la basura. Por lo tanto, en una sociedad de consumidores la búsqueda de la felicidad —el propósito invocado con más frecuencia y utilizado como carnada en las campañas publicitarias destinadas a atizar el deseo de los consumidores de desprenderse de su dinero (dinero ganado o dinero que uno espera ganar)— pasa de estar enfocada en *producir* cosas o *apropiárselas* (ni hablar de almacenarlas) para enfocarse en su *eliminación*.” BAUMAN Z., *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011, pp. 57-58

¹⁵ Aunque, sostenía Komar, el que se maneja de esta manera, en realidad atrasa, porque mientras nos sometemos a las novedades del momento, desde estratos más altos ya ha sido planificado el próximo cambio y cuáles han de ser las próximas novedades. “Quien se encuentra a nivel de consumo está en el último lugar de la pirámide y siempre está atrasado, porque cuando compra el artículo y lo paga, arriba ya se está preparando otra cosa... (...) si uno se quiere poner al día a nivel del consumo, está siempre atrasado, está fatalmente condenado a viajar en el furgón de la cola del tren y sin poder vivir su vida.” *El tiempo y la eternidad*, p. 361.

¹⁶ “No podemos simplemente adaptarnos, porque para adaptarnos tendríamos que transformarnos en líquidos, solamente el líquido puede adoptar todas las formas del envase en donde se encuentra. Deberíamos volvernos invertebrados.” *El tiempo y la eternidad*, p. 364.

¹⁷ “Podemos decir que el moderno consumismo líquido se caracteriza, ante todo y fundamentalmente, por una *renegociación del significado del tiempo*, algo hasta ahora inédito. Según lo viven los miembros, el tiempo de la moderna sociedad líquida de consumidores no es cíclico ni lineal, como solía ser para los hombres y mujeres de otras sociedades conocidas. Usando la metáfora de Michel Maffesoli, diremos que es tiempo *puntillista*, o, desplegando el sentido de un término sinónimo de Nicole Aubert, tiempo *puntuado*, un tiempo que está más marcado por la profusión de *rupturas* y *discontinuidades*, por los intervalos que separan los sucesivos bloques y establecen los vínculos entre ellos, que por el contenido

Sobre la base de la dialéctica y su inestabilidad, termina imperando la vigencia social. El hombre termina siendo empujado/arrastrado por los mandatos y usos del momento, perdiendo así su iniciativa personal. Dicha iniciativa solamente puede ser auténtica si brota de un encuentro profundo con la realidad, pero para ello es necesario trascender la superficie del devenir incesante y adentrarse en lo esencial, que está más allá del cambio.

Negación de la dignidad del hombre: también la tesis de la *dignitas hominis* se encuentra en crisis en el mundo occidental y, sostenía Komar, esto se debe a la influencia del marxismo. Es claro que, dentro de una filosofía cuya opción fundamental es el inmanentismo y que conduce a una cosmovisión en clave del *Gattunswesen* (ser genérico), la víctima inmediata es la sustancia individual, el ente finito, que pasa a ser considerado un fragmento, un momento transitorio del Todo del cual forma parte y en el cual está destinado a diluirse. Dentro de esta negación de las sustancias particulares no hay, pues, lugar para una filosofía de la persona y, por lo tanto, no hay lugar para hablar sobre la dignidad ontológica del hombre como “pequeño absoluto”.

En el mundo occidental contemporáneo una de las formas en que se ha *encarnado* este espíritu del ser genérico y su consecuente dilución de lo personal es en la primacía de la historia como proceso por sobre sus protagonistas, de modo que ya no son estos quienes escriben la historia, sino que la dinámica parece ser a la inversa: es la historia y su curso la que dictamina y explica la actividad de los hombres. Todo debe seguir el curso de la historia y todo termina siendo “explicado” por la época y el contexto, de los cuales la persona es considerada como producto y no como autor.

Esta primacía del contexto aparece en el mundo occidental bajo la ideología del sociologismo, mencionado y analizado por Komar en el curso de 1967.¹⁸ El sociologismo lleva al extremo la doctrina marxista sobre las ideologías, dentro de las cuales ubica al marxismo mismo, de modo que “todas las perspectivas del pensamiento, inclusive la perspectiva marxista, no expresan algo permanente sino están siempre ligadas a ciertas situaciones sociales y no se entienden fuera de la correspondencia con ellas.”¹⁹ Aquí, una vez más, ya no queda lugar para preguntarse sobre el aspecto “verdadero” de tal o cual doctrina (filosófica, política, moral, religiosa...) sino que todo debe explicarse por referencia a su contexto social, según el mandamiento de un tipo de sociología supuestamente “científica”.

Se trata de una postura antifilosófica (una *filosofía antifilosófica*, podría decirse) que anula todo valor en sí del pensamiento y que, por esta vía, conduce a una negación de la verdad misma, en lo que coincide con el enfoque pragmatista y con la ya mencionada primacía de la praxis. Desaparece la vocación a la visión de la realidad concreta, de las cosas tales como son, y el hombre mismo queda desprotegido ante la imposición de las circunstancias sociales, imposibilitado (primero en la *teoría* sociologicista y luego en la práctica cotidiana dentro de una sociedad en la que dicha ideología impera) de ofrecer una sólida resistencia. Resistencia que implicaría, desde luego, mucha fortaleza y firmeza para no sucumbir al imperativo del entorno y de las modas reinantes en cada época. Firmeza que implica no poco esfuerzo y cierta abnegación, ascetismo y espíritu de lucha, por los cuales el hombre de la sociedad opulenta comúnmente se preocupa poco, justificándose incluso con ideas historicistas-sociologicistas del tipo “ahora las

específico de los bloques en sí. (...) El tiempo puntillista está roto, o más bien pulverizado, en una multitud de «instantes eternos» –eventos, incidentes, accidentes, aventuras, episodios– mónadas cerradas sobre sí mismas, bocados diferentes, y cada bocado reducido a un punto que se acerca cada vez más a su ideal geométrico de no dimensionalidad.” BAUMAN Z., *Vida de consumo*, pp. 51-52.

¹⁸ Cfr. *Los problemas humanos de la sociedad opulenta*, pp. 69-74

¹⁹ *Ibidem*, p. 69

cosas son así”, “los tiempos han cambiado”, “hay que adaptarse a los tiempos que corren” y similares.

Desde este tipo de enfoques, donde es el contexto el que hace al individuo, es muy difícil, por no decir imposible, poder seguir hablando de dignidad personal.

Crisis de la autoridad: la verdadera autoridad es una cuestión personal. La autoridad, señalaba Komar, es “la propiedad del autor, del que crea, produce o hace crecer.”²⁰ Su raíz etimológica se halla en el verbo *augere* (hacer crecer, hacer vivir, producir, aumentar). Ahora bien, lo que ayuda a crecer y madurar es el encuentro con el sentido y el valor de lo real, del cual el hombre puede nutrirse favoreciendo así su propio desarrollo. La *autoridad* tiene por tanto la misión de ayudar y guiar al otro en este camino a través de su influencia. Pero esta influencia es auténtica y verdaderamente eficiente si quien guía y ayuda ha logrado ya él mismo ese encuentro fecundo con la realidad. Nadie da lo que no tiene; la *autoridad* puede ser verdaderamente tal, puede favorecer el crecimiento del otro, si brota del propio crecimiento personal del que procura ayudar y guiar a otros.

“Nadie se reúne alrededor de un poste”, decía Komar,²¹ porque allí no hay perfección y por lo tanto no hay nada atractivo, no hay vitalidad que logre entusiasmar ni vincular. Lo que carece en sí de perfección no puede tener una influencia verdadera y profunda sobre los demás, puesto que de lo que es vacío no sale nada y, en consecuencia, tiende a despertar el rechazo, la fuga y la dispersión. En cambio, lo que tiene perfección, la irradia, la difunde (según el famoso dicho platónico) hacia los demás, la comparte con ellos, incluso de un modo no voluntario, sino natural.²² La autoridad es *irradiación de la plenitud personal*: uno influye principalmente por lo que es (secundariamente por lo que hace y recién en tercer y último lugar por lo que dice). Cuanto más desarrollada está la persona, más irradia y más influye, por ello no hay verdadera influencia donde no hay irradiación, y no hay irradiación donde no hay personalidades fuertes. “Influimos ante todo por lo que somos. Uno da lo que posee; y lo que no posee no puede darlo. Por eso es una ilusión vacía pensar que es posible influir verdaderamente sobre otros sin tener en cuenta qué y quién es en la profundidad cada uno.”²³

En base a lo dicho se comprende que no hay oposición entre desarrollo individual y vida social, ni entre autoridad y libertad. Sólo quien posee cierta plenitud influye sobre los demás y ejerce sobre ellos una fuerza centrípeta que favorece los lazos sociales que para ser profundos deben darse entre personas profundas. Y quien desde su propia plenitud y profundidad ejerce la autoridad, lejos está de obstaculizar la vida personal (y, por lo tanto, libre) de quienes tiene a su cargo, ya que no se impone sobre ellos de modo extrínseco y violento, sino que los “convoca” por vía de inspiración, como modelo a seguir, de quien los demás pueden aprender el camino a recorrer y nutrirse de fuerzas para poder hacerlo, encaminándose hacia la propia plenitud.

Ahora bien, dentro de los planteos filosóficos del ser genérico no hay lugar para la vida personal y su desarrollo. Por lo tanto tampoco puede haber ahí lugar para la autoridad real. Lo único que queda, como dijo Lenin, es la propaganda y el terror. O una

²⁰ *Orden y misterio*, p. 159

²¹ KOMAR E., *La salida del letargo*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2013, p. 51

²² Cfr. las frecuentes reflexiones de Komar sobre el término *exusia* como poder, irradiación, fuerza. “El poder no es otra cosa que el despliegue del ser. (...) Irradiación es influencia, poder no deliberado, no de quien quiere influir sino de quien influye, sin pensar en influir. A menudo gente que no quiere deliberadamente ejercer poder, ejerce sin embargo un gran poder. (...) Hoy se habla mucho de las técnicas de poder. Si el poder es un aspecto del ser, las técnicas sirven muy poco. No se lo puede fabricar con técnicas. Allí hay un truco, un engaño, una astucia que no es verdadero poder.” KOMAR E., *Modernidad y postmodernidad*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, pp. 19-20.

²³ *La salida del letargo*, p. 54.

propaganda basada en el terror, o un terror basado en la propaganda. Los totalitarismos del siglo XX, cualesquiera hayan sido sus colores, han dado suficientes muestras de lo dicho. En ellos la verdadera *autoridad* ha sido suplantada por la *técnica*, que con metodologías extrínsecas ha pretendido crear sistemas influyentes y mantener en funcionamiento una maquinaria social, un orden político y jurídico sin llegar a la intimidad del corazón del hombre, al cual tenían su acceso vedado de antemano porque no partían tampoco de la intimidad de corazón alguno. Esas técnicas de propaganda e intimidación no brotaban del corazón de una persona fuerte y –como repetía Komar con frecuencia– sólo aquello que brota del corazón de uno puede llegar verdaderamente al corazón del otro.²⁴ Los totalitarismos del siglo XX, a través de su fracaso, dan también suficientes muestras de la ineficiencia de este tipo de pseudo-autoridad ejercida de modo meramente extrínseco, técnico y explícitamente violento.

No obstante, da la sensación de que en el mundo democrático occidental no hemos aprendido la lección. En parte, por la subordinada oposición de aquellos que se rebelan ante toda autoridad, mostrando así que no han superado los presupuestos del planteo, a saber: la “autoridad” sigue siendo considerada en sí misma como algo por esencia extrínseco, violento y contrario a la libertad del hombre. Desde esta perspectiva, toda “superioridad” es mirada con sospecha y recelo, no sólo dentro del plano meramente humano, sino incluso en el ámbito metafísico. Así se rechaza toda pretensión de hablar de verdad y de valores objetivos por suponer que la defensa de los mismos autorizaría a quienes estuviesen en “posesión” de los mismos a imponérselos a otros; estos tendrían la “autoridad” para hacerlo. La resultante es un rechazo por todo aquel que pretenda alcanzar lo alto y destacarse en algún aspecto, la envidiosa impugnación de todo tipo de “aristocracia”, lo que conduce a una conformidad en la que reina la horizontalidad y una mediocridad paulatinamente descendente que, en lugar de resultar beneficiosa, termina siendo perjudicial para todos.

Por otra parte, observamos que en determinados ámbitos lo que se procura no es que la autoridad sea auténtica y esté basada en la plenitud de la vida personal, sino apenas que su inautenticidad y su extrínsecismo sean menos evidentes, a fin de no generar la mencionada rebelión. En el fondo, se trata de generar “autoridades” igualmente artificiales, cuya violencia sea menos explícita, aunque eso desde luego no implica que sea menos violenta. Así observamos cómo se pretenden seguir imponiendo “autoridades” mediante la propaganda sugestiva, con técnicas de manipulación cada vez más pulidas y sofisticadas, aplicadas a la conmoción meramente emocional, a cargo de asesores de campaña especialistas en dichas cuestiones. Vemos cómo se las intenta “promover”, “inflar” a punto tal que su surgimiento depende en muchos casos de un “lanzamiento” más cercano a las técnicas publicitarias que de un atractivo axiológico que brotase de una auténtica plenitud, de una verdadera profundidad intelectual o de una prístina integridad moral.

“Destrucción de los dioses y de las cualidades”: La expresión la toma Komar de “Dialéctica del iluminismo” de Adorno y Horkheimer, en su crítica al mundo burgués-capitalista de raigambre iluminista. El iluminismo, analizan los representantes de la Escuela de Frankfurt, concibe el *saber* en términos de *poder*: la materia debe ser dominada siguiendo los criterios de utilidad apoyados en cálculos. Para ello hay que superar todo resabio mítico-metafísico que mantiene la ilusión respecto a fuerzas y

²⁴ “La palabra que no sale del corazón, no llega al corazón. Lo que no lleva el sello de la inteligencia, poco le dice a la inteligencia. La técnica de la influencia no puede fortalecer estas transmisiones en sí mismas débiles. Si bien con la presión psicológica, con la provocación de las pasiones y cosas parecidas puede conducir a la gente a determinados actos y actitudes, la técnica sola no puede darle fuerza interior a su discurso.” *La salida del letargo*, p. 58

cualidades ocultas, misteriosas de las cosas. El ideal es el sistema que reduce lo múltiple y heterogéneo a lo unitario y abstracto, anula lo cualitativo con la primacía de lo cuantitativo. La misma tendencia es heredada por la industria cultural que conduce a la cuantificación y estandarización de sus “productos”. En efecto, insistía Komar, desde una perspectiva en la que no hay valores absolutos, en la que no hay profundidad alguna en las cosas mismas, la cualidad (y, con ella, la calidad²⁵) están destinadas a desaparecer. Para que haya *calidad* en las producciones humanas, debe haber previamente un “acierto en lo profundo”, es decir una mirada contemplativa lúcida, objetiva y penetrante en el ser concreto de las cosas. Pero esto es imposible si prima la abstracción, la cuantificación, en definitiva, la praxis y la voluntad de dominio. Como consecuencia, la *industria* destruye la cualidad/calidad y se dedica a la producción en masa estandarizada (sea que se trate de los habitualmente denominados “objetos de consumo” o de los productos artísticos, que han pasado a ser objetos de consumo también), siguiendo una planificación sistemática *a priori* a la que el consumidor/espectador es forzado a amoldarse, cosa que hace sin mayores quejas puesto que sus gustos y necesidades han sido igualmente estandarizados artificialmente. El objetivo de los *productos* es alcanzar el éxito masivo, es decir la valoración y el aplauso de la muchedumbre y así se pierde de vista la cualidad/calidad intrínseca de la cosa producida. Ésta depende de su capacidad para responder a las necesidades reales de cada persona y debiera tener por finalidad las experiencias intelectuales, valorativas y estéticas que favoreciesen el encuentro con la realidad y su misterio, estimulando de esta manera el desarrollo de la persona. Sin embargo, la industria cultural, en consonancia con la destrucción de lo divino y de todo carácter sacro de lo real, destruye la cualidad al someter sus productos a la “comercialización” que conduce a una homogeneización en la chatura. La calidad muere en manos de los clichés que aseguran más fácilmente el éxito comercial, pero que empobrecen las experiencias vitales de la persona.

Círculo vicioso: se produce de un modo masificante los productos, cuyo objetivo es la masividad, para un público masificado que no pide más que lo masificado (y masificante), aunque esto no pocas veces se lleve a cabo bajo el slogan de “sé original” que, de hecho, no traspasa el nivel epidérmico de los detalles superficiales, aunque pueda servir para calmar algunas conciencias.

Masificación: Es la resultante social (o como diría Komar, *antisocial*) de la vida que marcha por los causes arriba expuestos. A la negación de la verdad ontológica sigue la primacía de la praxis que, en términos sociales, se traduce en sociedades apriorísticamente planificadas y proyectadas sobre la realidad concreta. Puede haber coherencia interna, pero ese orden intrínseco no brota de la contemplación del orden natural de las cosas mismas, las cuales se ven entonces violentadas, forzadas a coincidir con el *plan* racionalísticamente concebido.

La ilusión estriba en creer que este tipo de sociedades *sistematizadas* habrían de marchar solas, con funcionarios que habrían de cumplir su rol dentro del sistema planificado. Pero, como señalaba Renouvier, este sistema termina careciendo de auténtica fuerza motriz, sin combustible, dado que “el combustible es siempre el corazón humano, el interés humano, personal.”²⁶

Los enfoques que –sea por inspiración racionalista-hegeliana-marxista, sea por su raíz empirista-positivista– conducen a la despersonalización de la vida no terminan

²⁵ Adorno y Horkheimer hablan de *Qualitäten*, que bien puede significar en alemán ambos términos, los cuales están íntimamente vinculados. Cuando lo cualitativo deja de tener importancia y pasa a ser relevante lo cuantitativo, la calidad tiende a disminuir.

²⁶ *Modernidad y postmodernidad*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, p 32.

fortaleciendo sino debilitando la vida social, la cual queda sin la única fuente de energía auténtica, que es la vida personal. Conduce a un exponencial crecimiento del aparato burocrático (del cual los países comunistas del siglo pasado han dado sobradas muestras, pero que también está fuertemente presente en los países occidentales), un aparato burocrático opaco e insensible, deshumanizante y carente de vínculos auténticamente personales y por lo tanto también verdaderamente sociales.

Lo “social”, entendido como opuesto a lo personal-individual, pasa a tener un rol protagónico y toda propuesta personalista termina siendo sospechada de “individualismo”, cuando en realidad la sociedad es verdaderamente tal siempre que es sociedad de seres humanos, es decir, de personas. “Donde todo es «social» no hay sociedad. Esta es una evidencia que se desprende de la tremenda experiencia de la masificación. En la masificación lo social se llevó al extremo produciendo la muerte de lo social.”²⁷

La masa, decía Baudrillard, es un “agujero negro” que engulle lo social, una nebulosa opaca que absorbe toda luz y toda energía, y acaba desplomándose sobre su propio peso.²⁸ Traga todo, pero de ella no termina saliendo nada. No brota de ella nada fecundo porque la energía de la vida personal fue desgastada, vaciada; ésta sólo puede nutrirse eficazmente a través del contacto profundo con lo real, que en una perspectiva de la pura praxis no tiene cabida.

Nuestro mundo “libre” contemporáneo ha heredado también este peligro con las nuevas posibilidades de hacer pasar por sociales algunos vínculos, comunicaciones, etc., que en realidad no son tales. Incluso contamos para ello con medios cada vez más novedosos y sofisticados. El problema, claro está, no reside en los medios, sino en el corazón del hombre donde se juegan las decisiones sobre cómo y para qué habremos de utilizarlos. Pero si lo que falta es precisamente esa vida *ex corde* debido a la primacía de un tipo de existencia puramente extrínseco y a la falta de recogimiento, esas mismas herramientas que podrían servir para favorecer y extender vínculos con el otro y mejorar nuestro encuentro con las cosas, terminan entorpeciendo la verdadera apertura al ser y dificultando la verdadera vida social, estimulando nuevos estilos de solipsismo disfrazado, generando instrumentalizaciones mutuas (no pocas veces consentidas), promoviendo mascaradas (“caretajes”) más o menos manifiestos, que arrastran al hombre hacia el entumecimiento de su propio ser, a la infecundidad y al aletargamiento de la vida comunitaria.

Solución: la auténtica vida personal

En el cierre de los encuentros dedicados a la caída y diseminación del marxismo-comunismo, que fuera también el cierre del seminario para los jóvenes demócratas cristianos eslovenos de 1993, Komar insistió en que la única verdadera salida es la vida personal, es decir, la vida *libre*. La libertad había sido, de hecho, el primero de los temas tratados en el curso, y a él volvió a remitir el maestro a la hora de plantear las soluciones posibles.

“¿Qué es el hombre sin libertad?” se preguntaba el personaje de la obra de García Lorca²⁹ en un pasaje que Komar gustaba citar a la hora de tratar este tema. Y respondía:

²⁷ *Modernidad y postmodernidad*, p. 36.

²⁸ *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona, 1987, p. 111, citado por Komar en *Modernidad y postmodernidad*, p. 32.

²⁹ “Mariana, ¿qué es el hombre sin libertad? ¿Sin esa luz armoniosa y fija que se siente por dentro? ¿Cómo podría quererte no siendo libre, dime? ¿Cómo darte este firme corazón si no es mío?” *Mariana Pineda*, Escena V.

el hombre sin libertad no es nada, porque en ella radica el aspecto más importante de la *imago Dei*.

Puede sugerirse que, en cierto sentido, el mundo occidental de la sociedad opulenta, que surgió como alternativa al marxismo, ha defendido la libertad en comparación con éste. Pero ha de notarse también que esta superación fue (y es) meramente epidérmica, debido a una superficial concepción de la libertad misma.

Komar, siguiendo en esto libremente a San Bernardo, distinguía tres niveles de libertad.³⁰ En primer lugar está la *libertas a coactione*, es decir, la libertad como ausencia de imposiciones o impedimentos externos para realizar una determinada acción, una libertad que se traduce en “poder hacer” y que aparece frecuentemente defendida en las constituciones, declaraciones de derechos, etc. En segundo lugar, el libre albedrío como capacidad de tomar decisiones y de tener en las manos de uno el timón de la propia existencia; una libertad de “poder elegir”, una libertad en el querer, interna, que es fundamento de la libertad en el obrar, externa. En tercer lugar, la más profunda, la libertad como coincidencia cada vez mayor de la persona consigo misma y que es la consecuencia del buen uso del libre albedrío: “en las decisiones que tomamos, no sólo elegimos este valor y no otro, sino que al elegir un valor, si la elección es buena, elegimos el valor más conveniente y de esa manera nos elegimos. El acto de decisión es un acto de autoafirmación, es decir, robustecemos nuestro ser real.”³¹

Komar alertaba sobre la habitual insuficiencia de quienes, al hablar, pensar o defender la libertad tenían en cuenta solamente el primero de estos tres aspectos, que es el más superficial. Ciertamente, en comparación con los regímenes comunistas que explícitamente anularon las libertades civiles, políticas, de culto, de expresión, de tránsito, de comercio, etc., la contrapropuesta de occidente resulta a primera vista más liberadora y más respetuosa para con el ser humano. Pero quedarnos en el nivel de esas libertades externas resulta empobrecedor para la reflexión sobre la cuestión y peligroso para el modo en que llevamos a cabo nuestra existencia cotidiana. Haciéndonos eco de dicha observación nos animamos a afirmar que ese es uno de los peligros de nuestro supuesto mundo “libre” de sociedades opulentas. Nos contentamos con *poder hacer* sin preguntarnos antes si esos actos que podemos realizar son o no fruto de nuestras libres decisiones internas y si conducen al crecimiento de cada uno de nosotros, tanto en lo que como miembros de la familia humana compartimos como en las particularidades de cada uno de nosotros como personas únicas e irrepetibles.

Si la sociedad opulenta reduce al hombre a mero productor-consumidor (y cada vez más a los segundo que a lo primero) y el ciclo producción-consumo inunda no sólo las horas laborales sino incluso el tiempo libre del hombre contemporáneo³², anulando así las posibilidades de una profunda vida interior, no puede sino obstaculizar el recogimiento necesario para la toma interna de decisiones que solamente pueden ser *libres* en cuanto tienen su raíz en el corazón del hombre. En nombre de la actividad irrestricta nos hemos independizado del ser de las cosas (la “tiranía de lo real” como gustan decir algunos autores de nuestro tiempo), pero con ello vagamos a la deriva, sin un suelo firme que pudiese brindar razones sólidas para nuestras elecciones. Caímos en la tentación de identificar *libertad* con *indiferencia* y el resultado fue una creciente inseguridad que nos predispone mucho más para la manipulación de fuerzas externas y sus cada vez más refinados métodos sugestivos. Como no sabemos lo que queremos, resulta más fácil que nos convenzan de que queremos lo que otros quieren que queramos.

³⁰ Cfr. KOMAR E., *El espíritu de pobreza a la luz del pensamiento contemporáneo*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2015, st. 54-59; *Curso de metafísica II*, Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2008, st. 165.

³¹ *Curso de metafísica II*, loc. cit.

³² Cfr. *Los problemas humanos de la sociedad opulenta*, pp. 30 y ss.

Si, dentro de la misma dinámica, la sociedad opulenta termina convirtiendo al hombre mismo en objeto de consumo, haciendo de él un objeto que, a los fines de no quedar fuera del sistema, necesita saber “venderse” y modificar su modo de ser para exponerse de modo atractivo en las “góndolas” de un mundo convertido todo él en *mercado*, no puede sino entorpecer la coincidencia de la persona consigo misma y el desarrollo de sus auténticas potencialidades. El célebre “sé lo que eres” de Píndaro termina siendo reemplazado por el “conviértete en lo que los demás quieren que seas” para poder ser uno aceptado y no quedar *out*. Esto obliga a la producción de máscaras – para colmo cada vez más efímeras y reemplazables–, a la invención paraláctica de *yo-s* artificiales, a cuyo servicio y mantenimiento dedicamos nuestras energías y de los cuales nos convertimos en esclavos. Así resultamos ser a la vez opresores y oprimidos que impedimos la liberación de nuestro verdadero *self* que, por naturaleza, puja por salir y explicitarse.

Se trata de nuevas formas de totalitarismos de las cuales somos, como hemos dicho, en buena medida responsables. Algunos de ellos son, como acabamos de señalar, una suerte de auto-totalitarismos. Otros, de origen externo, son totalitarismos menos identificables que los de hace algún siglo atrás, tanto en sus fuentes, en sus manifestaciones como en sus métodos de ejercer la violencia despersonalizante; resultan menos reconocibles y, por tanto, frente a ellos es más difícil oponer una eficaz resistencia. Pero esto ha de hacerse si queremos defender verdaderamente la libertad y la dignidad del hombre. Esto, decía Komar, es para nuestra época algo mucho más revolucionario que cualquier otro planteo.